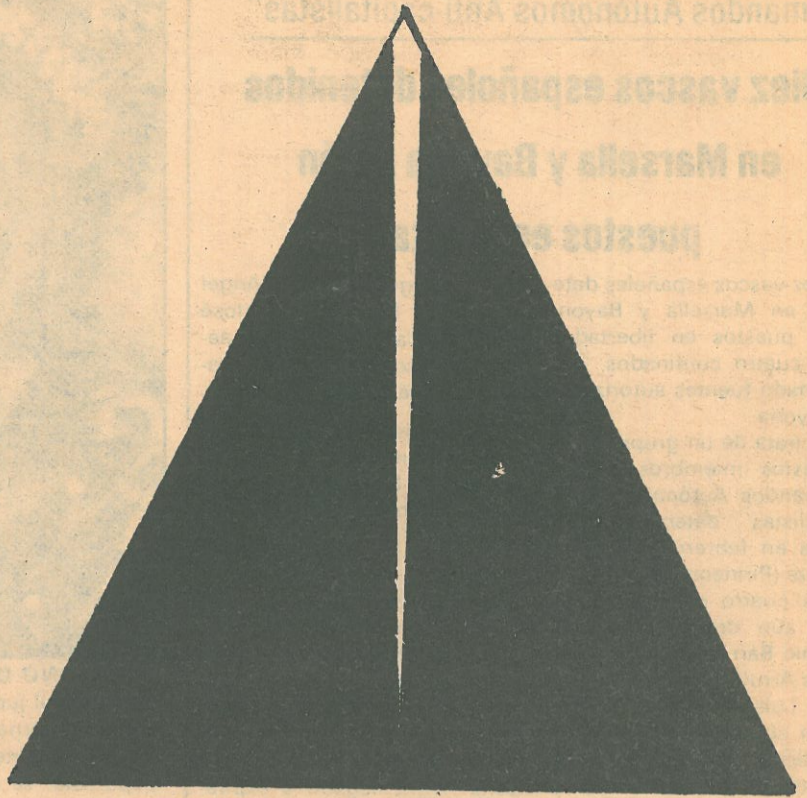


J.L. Medina



J.L. Medina

EL ARTE, UNA AVENTURA COLECTIVA

Fernando Castro

A menudo se ignora que la vinculación de escritores y pintores es un factor decisivo en la génesis de los lenguajes artísticos. Dos lenguajes (el verbal y el icónico) empeñados en la dilucidación de enigmas, en el desbrozamiento de territorios ignotos. Así acaeció en la Atenas de Fidias, en la Florencia de Miguel Angel e incluso en el Madrid de Velázquez. Es el contexto cultural quien determina la riqueza y la amplitud de las propuestas individuales. ¿Qué hubiera sido de Picasso sin el fecundo ambiente que vivió en el Bateau-Lavoir, en compañía de Apollinaire, Andre Salmon, Max Jacob, etc.? No insinuó que la creación plástica sea "ancilla litteraturae", como creyeron los antiguos; antes bien, sostengo que la cultura siempre ha sido una empresa colectiva. Las pesquisas y logros del pintor estimulan oblicuamente al escritor, y a la inversa. Es preciso repetirlo una vez más: no hay creación sin crítica.

También en Canarias es verificable este aserto. No hace falta remontarse a la deslumbrante "constelación" de Viera. Basta citar los mejores de la Escuela de Luján (1929-39). Para atestiguarlo queda la pintura de Jorge Oramas y la escultura de Fleitas. Por desgracia, el grupo vanguardista tinerfeño de **Gaceta de Arte** no tuvo proyección en el terreno de las artes plásticas, aunque a este fin dirigiera buena parte de actividad crítica. Lo cual no impide, como señala Pérez Parrilla que "los manifiestos y artículos de Gaceta de Arte formen la base teórica e ideológica de la arquitectura racionalista en Canarias en estos años y, por lo tanto, sean parte fundamental del movimiento moderno en las islas". Tras la Guerra Civil el silencio forzoso de la creación artística insular fue roto por el **Grupo Nuestro Arte** de Tenerife. Al frente del cual se hallaba —junto a Pedro González, Vizcaya y Lite— la figura de Pedro Tarquis, gran historiógrafo, director del Museo Municipal, a quien todavía no se le ha hecho justicia, por su labor abnegada en defensa del

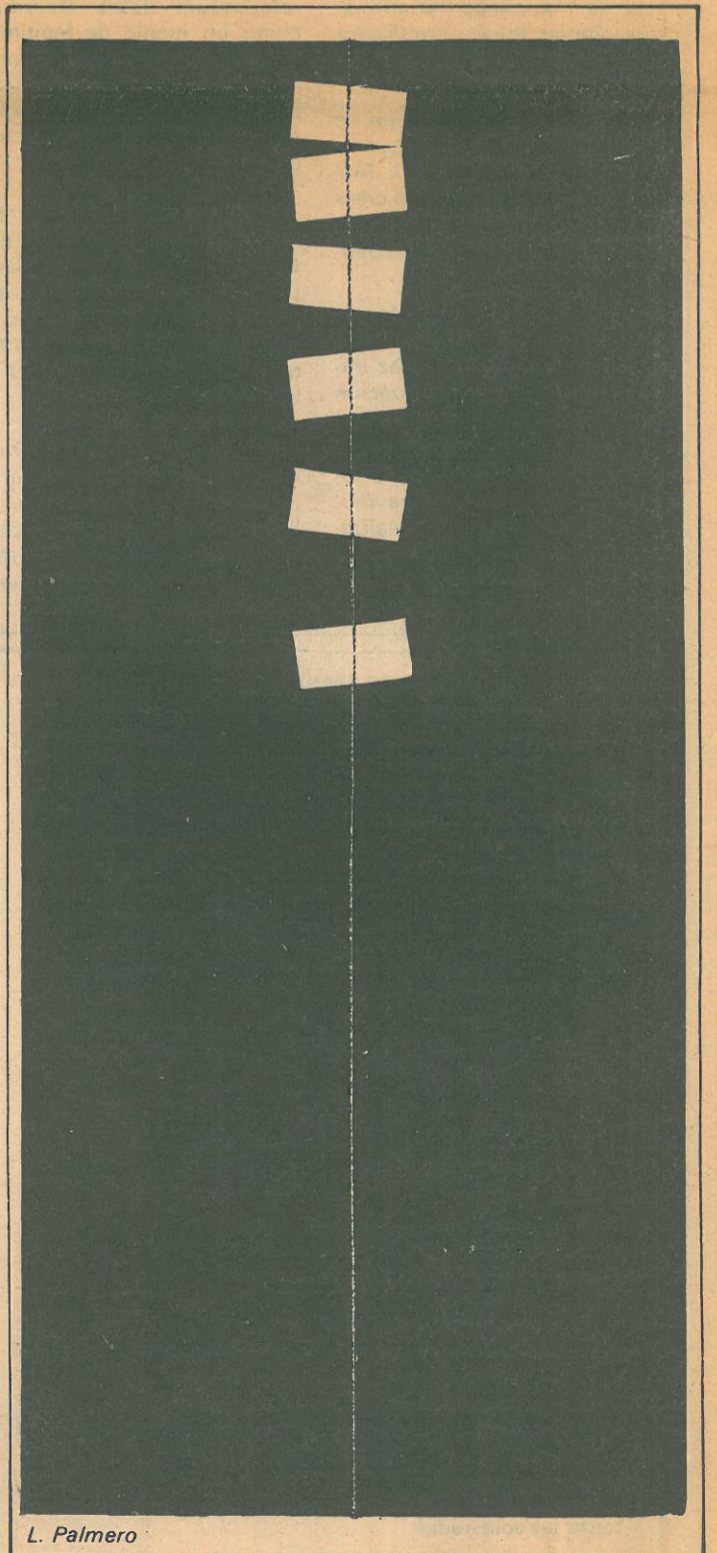
arte moderno. Tarquis creía que éste, con toda su carga de ruptura, complementa la tradición, no la contradice; por esto, los artistas del grupo exponían colectivamente en las salas del Museo, al lado de Valentín Sanz y de Botas. La muerte de Tarquis en 1968 es causa determinante de la disolución del grupo. Salvo alguna excepción, sus integrantes se apagaron, perdieron el entusiasmo y la fuerza creativa que les caracterizó en la dorada época de la tertulia del Sotomayor. Asimismo, los círculos artísticos de Las Palmas vivieron un momento álgido en los años de **Planas de Poesía** y la **Antología Cercada**. A las reuniones del Museo Canario (volvemos a ver que lo más fecundo que ha producido la cultura insular ha estado, de alguna manera, en contacto con la tradición) asistían Manolo Millares, Juan Hidalgo y otros artistas, que se vieron enriquecidos intelectualmente por aquellas conversaciones, por aquel ambiente.

Resulta paradójico que la producción artística decaiga en los años setenta, cuando las galerías de arte multiplican su acción en las islas. Pero es comprensible: quienes habían llevado el peso de la actividad en la postguerra ya no tienen el mismo ímpetu, y las nuevas hornadas de artistas carecen de una poética coherente; casi todos repiten el gesto de crispación, que fue el emblema del arte español bajo las condiciones opresivas de la dictadura. Millares, astro indiscutible del arte canario moría en 1972. A buen seguro, su tutela hubiera sido trascendental en el desarrollo de las nuevas experiencias artísticas insulares. En Las Palmas, el escultor Martín Chirino, su coetáneo, cumplió esta tarea de orientación estética, que dio lugar a la experiencia plástica más interesante de los años setenta: el grupo **Contacto**. El resto de la década ofrece muy poco. Intentos aislados, hallazgos parciales de Cándido, Gonzalo González, Fernando Alamo, etc. Nada sustancial. Es ahora cuando se vislumbra un nuevo horizonte en el arte canario. Artistas como José Luis Medina, Luis Palmero, Francisco Aznar y Gonzalo González protagonizan este resurgir. Los tres primeros exponen por estas fechas en la Galería Leyendecker; de ellos presentamos una selección de dibujos, que constituyen (por la imposibilidad de reproducir el color) un indicio aproximativo de sus discursos.

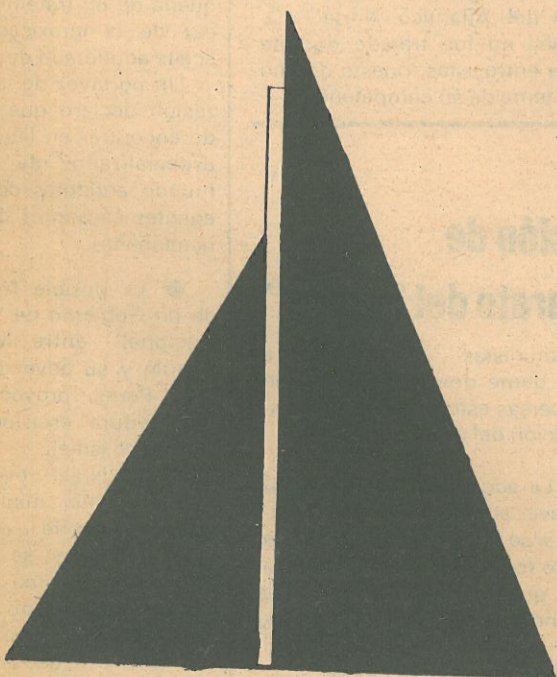
Paralelamente, en la provincia de Las Palmas de Gran Canaria cabe destacar la intencionalidad y el rigor de dos artistas: Leopoldo Emperador y Juan José Gil. Tan importante como esta exposición que hoy comentamos fue la que el primero realizó en Leyendecker y el segundo en Vegueta, el año pasado. Estos son los signos de la recuperación. Ya no se puede hablar de tanteos o de oportunismo. La selección natural ha fijado para la historia los nombres de los artistas —diez a lo sumo— que a comienzos de los años setenta iniciaban su trayectoria, y hoy, diez años después, abandonan el balbuceo y articulan las primeras palabras.

Al igual que la luz se vale de cualquier rendija en una puerta para penetrar en un habitáculo oscuro, así esta exposición es una cuña de luz en el negro panorama de la cultura plástica canaria (es ésta la imagen que define los triángulos incisivos de José Luis Medina). Alguien, impaciente, puede objetar que lo importante no es arovechar un intersticio, sino derribar de un golpe la puerta. Pero los cerrojos son firmes y existe el peligro de que en el embate contra ella se desplome la casa. La demolición no es el fin de una nueva cultura. Los muros y las vigas representan la tradición, conforman la estructura; en ella anida lo nuevo. Oramas no excluye a Millares, ni éste a Medina Mesa. La historia se asemeja a una cadena configurada por iluminaciones sucesivas. El señalamiento de cada uno de los

momentos o eslabones es una decisión intelectual que, a su vez, convierte a la crítica en iluminación creativa. Somos focos actuando en la oscuridad: proyectamos desde nuestro interior la luz, la dirigimos. Esto es el arte, esto es la crítica.



L. Palmero



J.L. Medina